

HENRI LOEVENBRUCK

LAS
CATEDRALES
DEL VACÍO



Título original: *Les Cathédrales du vide*

Primera edición: 2013

© Henri Loevenbruck, 2009
© de la edición francesa: Flammarion, París, 2009
© de la traducción: Elena Bernardo Gil, 2013
© de esta edición: Bóveda, 2013
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
www.editorialboveda.com
ISBN: 978-84-15497-47-9
Depósito legal: SE-1133-2013
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE. <i>Nigredo</i>	11
SEGUNDA PARTE. <i>Albedo</i>	195
TERCERA PARTE. <i>Rubedo</i>	379
EPÍLOGO. <i>Alkahest</i>	529
AGRADECIMIENTOS	551

*Todo el secreto de la vida se reduce a
esto: la vida no tiene ningún sentido
y, sin embargo, cada uno de nosotros
se lo encuentra.*

Cioran

PRIMERA PARTE

NIGREDO

A LA NATURALEZA LE HORRORIZA EL VACÍO. A MÍ, TAMBIÉN. El vértigo pone de manifiesto nuestra compleja relación con el vacío. Ante el vértigo sentimos el odio del enemigo, el miedo a lo desconocido y la atracción hacia el peligro. Tener vértigo supone, también, saborear la exaltación que procura la llamada del abismo: quien se enfrenta a él puede sentir de pronto, mientras le tiemblan las piernas, un ansia irreprimible de abrazarlo. ¿Por qué? Para conocer, quizá, el lugar secreto de nuestro origen y de nuestro destino.

La fascinación por el vacío nos lleva a hacer locuras.

AL CERRAR TRAS DE SÍ LA PESADA PUERTA DE HIERRO, Charles Lynch sabía perfectamente que solo tenía dos opciones: la libertad o la muerte.

Salir del complejo subterráneo o desaparecer para siempre.

Sentía el latido de la sangre en las sienas y el pecho con la cadencia inquietante de un tambor fúnebre, y el pasillo que tenía delante se le aparecía como un corredor de la muerte. Trató de no dejarse impresionar. Era demasiado tarde para renunciar.

Tomó aire, apretó los puños y se echó a andar, despacio al principio, poniendo buen cuidado de no hacer ruido, y luego cada vez más deprisa. La urgencia se imponía a la prudencia.

El eco de sus pasos se elevó entre las paredes de cemento gris. Solo unos metros le separaban de la puerta que le conduciría por fin ahí arriba, a la superficie; estaba casi seguro de ello. ¿Dónde le llevaría exactamente? ¿A qué ciudad? ¿Qué región? No tenía ni la menor idea. Ni siquiera tenía la certeza de saber qué país. Pero sería a la luz del día, sin duda. Esa luz que llevaba dos meses sin ver.

Siguió corriendo. Sus sentimientos oscilaban entre la esperanza de la inminente liberación y el miedo a que lo atrapa-

ran antes de salir, y mantenía la mirada fija en el cierre electrónico de la puerta. Ya solo faltaban veinte metros. Unas zancadas. ¡Hacía tanto tiempo que no corría así! A sus sesenta y cinco años, Charles Lynch nunca había sido un gran deportista, y ahora empezaba a faltarle el aliento. Pero no por ello aminoró el paso. Todo dependía de aquel último esfuerzo.

De pronto empezó a resonar una aguda sirena. En cada extremo del pasillo, unos focos se pusieron a parpadear iluminando el suelo a intervalos regulares con su resplandor rojo. Lynch apretó aún más el paso.

Habían descubierto su fuga. En realidad, era plenamente consciente de que, antes o después, los guardas descubrirían que había saboteado las cámaras de vigilancia. Era cuestión de tiempo, simplemente. Cuestión, quizá, de segundos.

Una vez llegado al final del túnel, se abalanzó sobre la esfera que estaba al lado de la cerradura. Levantó la tapita de plástico transparente y se frotó las palmas de las manos para hacer desaparecer el sudor. Después, con gesto inseguro, empezó a marcar la clave. Parecía que el corazón se le iba a salir del pecho. Le temblaba todo el brazo. ¿Qué pasaría si la reprogramación del código había fallado? ¿O si los guardias habían tenido tiempo de reiniciar el sistema de seguridad? Si ocurría algo así, todos sus esfuerzos, aquella estrategia meticulosa-mente preparada, habrían sido en vano.

Pero no. Tenía que conseguirlo. Volver al mundo exterior, que al menos le diera tiempo de avisar a alguien, de pedir ayuda.

No pedía nada más. Por él, por su hija, y también por los que seguían encerrados ahí dentro.

La estridencia de la alarma le destrozaba los oídos. Apretó los dientes y pulsó por sexta vez el teclado, para completar el código que él mismo había modificado: 110180, la fecha de nacimiento de su hija.

Se produjo un segundo de silencio que se le hizo eterno. La cerradura produjo un ruido eléctrico que dio paso, por fin, al chasquido liberador; los pernos cilíndricos se separaron lentamente del pasador y Charles Lynch tiró del imponente picaporte. La puerta se abrió con un chirrido discordante y dejó ver los peldaños de una escalera de piedra ancha y antigua, sumida en la penumbra.

Lynch frunció el ceño. El olor a humedad, las telarañas, el polvo en el suelo... Todo aquello casaba mal con el entorno en el que había pasado los dos últimos meses; no esperaba encontrar semejante decorado. Pensaba que se toparía de inmediato con la luz del día, pero estaba claro que iba a tener que seguir buscándola. Mejor sería no desalentarse; seguro que en lo alto de aquella escalera le esperaba la libertad. Traspasó la puerta.

Las piernas apenas le sostenían y la angustia le oprimía los pulmones, pero empezó a subir, con prudencia. Los tabiques de cemento del subsuelo, rectos y rugosos, se convirtieron en las paredes desiguales de un edificio muy antiguo. Con la palma derecha apoyada en aquellas piedras toscamente talladas, intentó ir más rápido sin perder el equilibrio. Estaba subiendo los últimos peldaños cuando oyó unos gritos furiosos a sus espaldas, en el pasillo.

Los guardias estaban ahí, pisándole los talones.

El corazón empezó a latir en su pecho con mayor intensidad y crispó la mandíbula; aún tenía una oportunidad.

Subió los últimos escalones de dos en dos y, olvidando todo lo demás, llegó a lo alto de la escalera. No tardó en adivinar, esbozándose en la oscuridad, la presencia de una puertecita de madera estropeada. Recorrió los últimos metros y, sin vacilar, la abrió.

El espectáculo que se abrió ante sus ojos le dejó subyugado. Se quedó boquiabierto, incrédulo, cautivado por aquel decorado inesperado.

A su alrededor se alzaba el interior majestuoso de una inmensa catedral en ruinas.

Una auténtica catedral gótica.

El contraste con la modernidad del complejo subterráneo le pareció imposible. Y, sin embargo, no soñaba. La claridad multicolor de un sol radiante inundaba el crucero a través de unas grandes vidrieras rotas. Entre escombros invadidos por la maleza se adivinaban sitiales, estatuas, pilas de agua bendita, retablos... Y también lianas, tan enhiestas como los anchos pilares cincelados a los que parecían imitar, que dividían el espacio atravesando las zonas de luz y de sombra. El suelo estaba salpicado de piedras y de bloques enteros de la bóveda, que se habían venido abajo y estaban recubiertos de cieno. Aquí y allá había sillas de madera caídas, atriles...

El ruido de unos pasos a su espalda sacó a Charles Lynch de su estupor. Los guardias iban a cogerle, no era momento de ponerse a admirar la arquitectura de aquel lugar sagrado. Fue a la carrera hacia la gran puerta de madera que vio al otro lado de la nave. La luz del día se colaba entre las rendijas.

Saltando sobre los escombros, recorrió a toda velocidad la nave lateral. Al llegar por fin a la salida, entrevió la silueta de los guardias que acababan de llegar a la penumbra del crucero y se deslizó entre los dos inmensos batientes del pórtico. Sin embargo, tuvo que darse la vuelta de inmediato y pestañear para acostumbrarse a la luz cegadora de aquel sol que, para él, tanto tiempo llevaba desaparecido. Luego, lentamente, descubrió el increíble decorado que se le ofrecía.

Fue como si recibiera una puñalada en el corazón. Lo que tenía ante sí era tan inconcebible como el interior de la catedral. Le dio vértigo. Dejó caer los hombros, pues sintió que sobre ellos recaía, de golpe, el peso de la humanidad.

En un ambiente saturado, invadido por un calor húmedo y sofocante, se entremezclaba una variedad infinita de plantas y árboles desmesurados, a cuál más verde. Lianas, helechos, caobas rojas, cedros, árboles frutales... En medio de aquellos gigantes verticales resonaban los inquietantes gritos de una fauna invisible.

Apesadumbrado, Charles Lynch comprendió inmediatamente que estaba perdido en mitad de la selva amazónica. A mil leguas de cualquier lugar habitado, de toda opción de recibir ayuda. Lo que no terminaba de explicarse era la presencia de una catedral gótica en plena selva.

Pero ya tendría tiempo de responder a esas preguntas; todo lo que contaba ahora era huir. Huir y sobrevivir.

AL LLEGAR AL CENTRO DEL PRESBITERIO, ENVUELTO EN un halo de luz violácea, el primer guardia ordenó a los demás que se detuvieran. Se llevó la mano a la cintura y cogió un intercomunicador de pequeño tamaño.

—Se ha metido en la selva —anunció pulsando el botón de comunicación—. ¿Qué hacemos? ¿Abatirlo? Cambio.

Una voz nasal respondió enseguida.

—No. Vuelvan dentro. No irá muy lejos.

El guardia apagó el aparato y volvió a ponérselo en la cintura. Echó una mirada circular a la inmensa nave de piedra, a aquellos muros ancestrales sobre los que la naturaleza, progresivamente, se había impuesto.

Suspiró y, con un simple gesto, ordenó a sus hombres que lo siguieran. Sin mediar palabra, se guardaron las armas y volvieron a la puertecita de madera.

Mientras en el exterior se elevaba el doloroso quejido de un cóndor encaramado a la aguja más alta del edificio, las cuatro siluetas desaparecieron en las entrañas de la catedral olvidada.

CHARLES LYNCH LLEVABA MUCHOS MINUTOS CORRIENDO cuando, de pronto, se le nubló la vista. A su alrededor, en un segundo, le pareció que la selva se desdoblaba. Sin aliento, con los músculos en tensión, se detuvo y se encorvó para apoyarse en el tronco rugoso de un árbol gigantesco.

Despacio, consiguió regular su respiración. Se incorporó y miró hacia atrás. La improbable catedral llevaba tiempo desaparecida tras la cortina opaca de la jungla. Los guardias le habían perdido la pista; en todo caso, no los había visto ni oído desde que abandonó el edificio. Pero, ¿era eso motivo de alegría? ¿Qué le esperaba ahora?

No tenía la menor idea del lugar exacto donde se encontraba. En la selva amazónica, seguro, ¿pero dónde? Cerca del Pacífico, sin duda. ¿Perú? ¿Ecuador? ¿Colombia? Fuera como fuese, a juzgar por la densidad de la vegetación, las posibilidades de ir a parar a una ciudad, o un pueblo, eran escasas. ¿Cuánto tiempo podría sobrevivir sin comida ni agua? Estaba agotado por la huida y sentía muchos signos de debilidad.

Pero no podía rendirse. Hacerlo sería demasiado estúpido. Ahora que había logrado huir tenía que encontrar la mane-

ra de avisar a alguien. A las autoridades francesas o, al menos, a su hija.

Metió una mano en el bolsillo de la chaqueta y extrajo su cartera de cuero. Con dedos temblorosos sacó una foto arrugada donde se la veía, tan guapa, posando ante el fotógrafo con una sonrisa de mujer. ¿Dónde estaría en ese momento? ¿Estaría buscándolo? ¿Se habría preocupado por su desaparición?

Devolvió la foto a su sitio con un nudo en la garganta, se guardó la cartera y siguió caminando. Avanzaba inseguro entre las plantas enmarañadas. Solo había dado unos pasos cuando la cabeza volvió a darle vueltas y sintió que el suelo vacilaba bajo sus pies. Perdió el equilibrio y se derrumbó.

Se tumbó de espaldas con gran dificultad y con los ojos abiertos de par en par. Primero pensó que sería el cansancio, que tras una carrera tan larga las piernas ya no le sostenían. Pero la vista se le nubló todavía más, muy deprisa. La vegetación que tenía ante sí se confundió con los trocitos de cielo que aparecían entre las copas temblorosas de los árboles.

Gritó, rabioso. ¿Qué le pasaba? No podía ser el cansancio, no, era otra cosa, algo más grave. Cerró los ojos y los volvió a abrir. Nada. Cada vez veía peor. Aquella visión borrosa no tardó en convertirse en una alucinación. El sonido de los animales salvajes se elevó con un eco confuso. Vio que las lianas se estiraban, se movían, se convertían en serpientes. La frente se le perló con gotas de sudor. Con un esfuerzo sobrehumano, alzó la cabeza y vio sus propias manos, agarrotadas sobre los muslos, que parecían deformarse, con los dedos afilándose como las garras de un ave rapaz.

Trató de ponerse de pie, pero las piernas no respondieron. Entonces se dejó vencer por el pánico.

Sintió cómo, poco a poco, la parálisis alcanzaba cada parte de su cuerpo, los brazos, los hombros, el torso, y se dirigía

progresivamente hacia el corazón. Los latidos, sonoros como grandes golpes de *gong*, se fueron espaciando. La vista se le nubló tanto que el mundo que tenía sobre la cabeza ya solo fue una paleta de colores borrosos.

Y luego el músculo cardíaco dejó de latir. Por completo.

Mientras Charles Lynch exhalaba el último suspiro, en un haz de luz vio cómo se dibujaban los contornos del rostro de su hija. Sus ojazos negros. Su mirada suplicante. Los labios de la joven temblaron, y a él le pareció oír su voz. Palabras confusas que no supo descifrar.

Luego, al fin, murió.